



EL ADVENTISTA ORIGINAL PIONERO

03 de Mayo de 2026



El Cristo Niceno

Trae la marca de la
Bestia (p.3)

Ejercicios para inválidos-
E. G. White (p. 9)

**La Ofrenda de la Escuela
Sabática - Migdalia C** (p.13)

**Pedro y Juan ante el
Concilio - John G** (p.20)



¿Adoras al Cristo correcto?

¿Qué pasaría si el Cristo que te enseñaron desde niño no es el Cristo de la Biblia? No es una pregunta retórica. Es una advertencia urgente.

En esta edición nos atrevemos a lo que pocos se atreven: cuestionar el Cristo del Concilio de Nicea y Calcedonia —el Cristo moldeado por Roma— y mostrar por qué creer en ese Cristo podría llevarte directamente a recibir la marca de la bestia. Sí, lo dijimos. Léelo en nuestro artículo central y decide tú mismo.

Pero la verdad no solo incomoda en teología. También incomoda en el cuerpo. Elena de White nos recuerda que caminar —literalmente— aunque duela, aunque estés cansado, aunque todo en ti quiera detenerse, es una disciplina espiritual y física que no podemos ignorar.

¿Y qué hay de nuestras ofrendas? La hermana Migdalia C. nos explica los

principios que deben regir la ofrenda en general y la escuela sabática. Porque dar también tiene orden, y ese orden importa.

Cerramos con Pedro y Juan ante el concilio —lección 5 de la Escuela Sabática— dos hombres sin títulos universitarios que sacudieron al poder religioso de su tiempo. ¿Tenemos hoy ese mismo valor?

Cuatro artículos. Una sola pregunta de fondo: ¿estás dispuesto a examinar todo lo que crees?

Bienvenido a este número. Que el Espíritu Santo guíe cada lectura.

Suyos en Cristo, los Editores

EDITORIA:

www.antorchaprofetica.site

DIRECTOR:

John García.

johngarcia144000@gmail.com

+34.650.86.38.11

YOUTUBE:

<https://www.youtube.com/>

@antorchaprofetica

INSTAGRAM:

<https://www.instagram.com/>

antorchaprofetica/

FACEBOOK:

<https://www.facebook.com/>

LaAntorchaProfetica

El Falso Cristo que pone la marca en la frente o mano

Por: John García

El falso Cristo y la marca de la bestia

El sello de Dios frente al sello de Babilonia

El tema que nos ocupa puede formularse así: del mismo modo en que el Señor Jesús sella a su remanente mediante la creencia en la verdad presente, el enemigo presenta un falso Cristo que conduce a la marca de la bestia. Para comprenderlo es preciso recordar primero lo que dice la profecía.

La secuencia del sellamiento

Apocalipsis 7 describe cuatro ángeles literales que representan la hueste angélica, situados en los cuatro ángulos de la tierra — norte, sur, este y oeste, es decir, toda la tierra —, deteniendo los cuatro vientos, símbolo de la obra destructora de los espíritus malignos, para que no venga la destrucción sobre la tierra, el mar ni los árboles. Un quinto ángel sube del oriente — del nacimiento del sol, en crecimiento continuo como la luz de los santos que va en aumento hasta que el día es perfecto— y porta el sello del Dios vivo. Clama a gran voz a los cuatro ángeles que no suelten a los ángeles de destrucción —es decir, que no dejen libre la obra de destrucción— hasta que los siervos de Dios sean sellados en sus frentes. Esta visión presenta una secuencia de eventos que concluyen en el sellamiento del remanente.

La Biblia sola nos conduce a las profecías; las profecías apuntan a la obra final de Jesucristo, la purificación del santuario de Daniel 8:14, que tiene lugar en el santuario celestial. Al aceptar la verdad del santuario y de su purificación, somos llevados a la ley moral —la ley que está dentro del arca— y en el centro de esa ley se encuentra el sábado, que es el sello.

Cómo se llega a ser sellado

El proceso del sellamiento sigue una secuencia precisa. La Biblia sola —«Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna» (Juan 5:39)— nos lleva a la verdad presente. Apocalipsis 11:19 muestra el templo de Dios abierto en el cielo, donde se ve el arca de su pacto, lo que nos conduce a la ley. La ley y el sábado nos llevan a Cristo: «La ley es nuestro tutor para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe» (Gálatas 3:24). La ley no nos justifica; nos conduce a Cristo para que él nos justifique por la fe.

El fundamento de todo esto está en Romanos 8:3-4. Lo que era imposible a la ley — justificarnos, por cuanto somos débiles en la carne —, Dios lo hizo enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y, a causa del

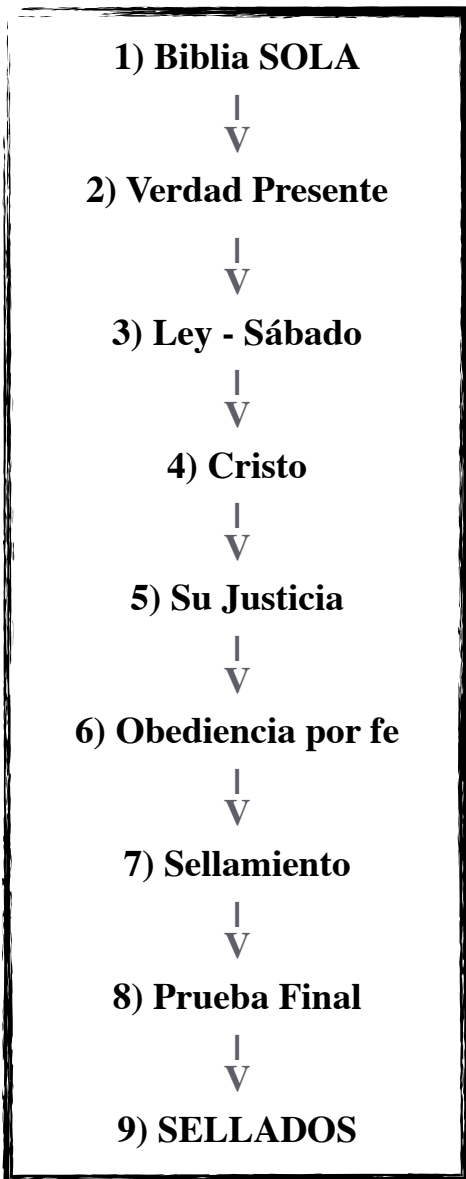
pecado, condenó el pecado en la carne, «para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al espíritu». Así Dios presenta a su Hijo como la solución a nuestra condición pecaminosa.

La justicia de Cristo se recibe por la fe: «La justicia de Dios por la fe de Jesucristo, para todos los que creen» (Romanos 3:22). Somos justificados por creer en este Cristo de Romanos 8:3, el único Cristo que existe. El resultado de la justificación es la obediencia: «habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad» (1 Pedro 1:22). La obediencia que nace de la justicia de Cristo recibida por fe nos va purificando, limpiando y sellando, escribiendo la ley en nuestras mentes. Mientras permanecemos en esa purificación, estamos siendo sellados.

Llega finalmente la prueba final: la imposición de la adoración de la bestia, su imagen y su marca —la ley dominical—. Quienes hayan venido siendo fieles, viviendo en justificación y por tanto en santificación, obedeciendo la ley por la fe de Jesús y por la justicia de Cristo, de modo que la ley haya ido siendo escrita en sus corazones, cuando llegue esa prueba quedarán sellados de manera irreversible. El espíritu de profecía señala que el sello es la convicción intelectual y espiritual de la verdad, de tal modo que los sellados son inmovibles: ya no se cambian, ya no vuelven atrás. Son los 144,000 que Apocalipsis 14:1 presenta en el monte de Sion con el nombre del Cordero y del

Padre escrito en sus frentes, porque han pasado la prueba.

Resumiendo la secuencia: la Biblia sola nos lleva a la verdad presente; la verdad presente —el templo abierto en el cielo—



nos lleva a la ley, al sábado y al sello; la ley nos lleva al Cristo de la Biblia; al aceptar a ese Cristo, la justicia de la ley se cumple en nosotros por la fe; manteniéndonos en esa obediencia estamos siendo sellados; llega la prueba final y el sellamiento es definitivo. La clave del sello es creer en este Cristo de Romanos 8:3-4, recibir su justicia por la fe y, por tanto, poder guardar el sábado y ser sellados.

La obra paralela: el falso Cristo y la marca

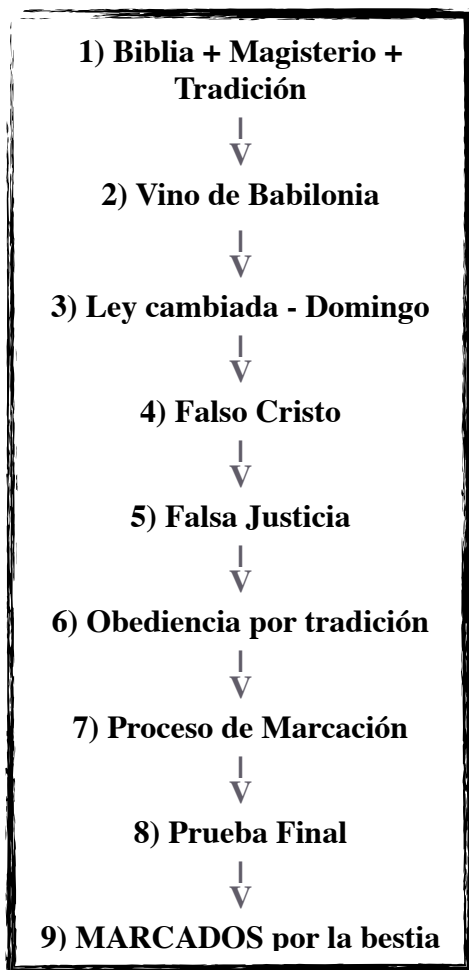
De todo lo anterior se deduce también lo contrario: la marca de la bestia se recibe al aceptar un falso Cristo, que proporciona una falsa justicia. Si en lugar de la Biblia sola se acepta la tradición, no se recibe la verdad presente sino una tradición. La tradición no da el sábado sino el domingo. El domingo no conduce al Cristo verdadero sino al falso Cristo. El falso Cristo da una falsa justicia y una falsa obediencia, y eso es lo que lleva a la marca de la bestia. Del mismo modo, si en lugar de la Biblia sola se recibe una Biblia pervertida, el resultado será igualmente un falso Cristo. El proceso consiste en falsificar la Biblia, falsificar la verdad, falsificar la ley y el sábado, y falsificar a Cristo, porque ese es el resultado final.

El falso Cristo que domina el mundo cristiano

El falso Cristo que domina actualmente la Iglesia Católica, la Iglesia Ortodoxa, el protestantismo apóstata y el adventismo nominal —todas las cuatro ramas

principales del cristianismo— es esencialmente el mismo, con pequeñas variantes: el Cristo del Concilio de Nicea. En el punto cuatro de la secuencia —el Cristo— están juntos.

La Iglesia Católica nunca ha pretendido basarse en la Biblia sola; siempre lo ha dicho claramente. El protestantismo, en cambio, comenzó con la Biblia sola y con su verdad presente, que fue la justificación



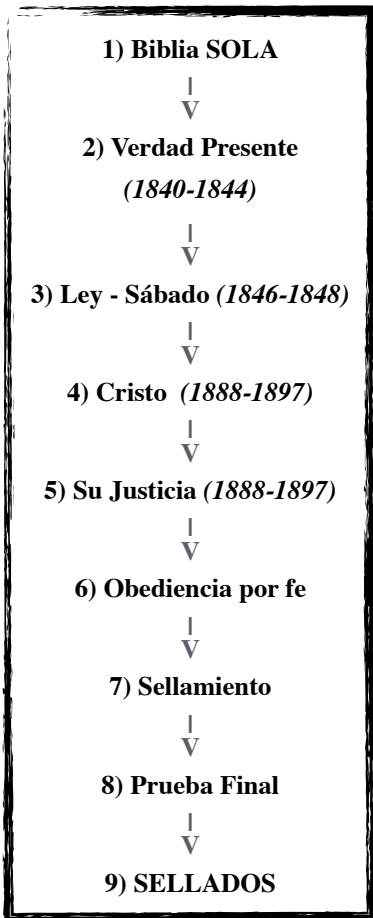
por la fe. Sin embargo, el protestantismo ha apostatado: ha dejado la Biblia sola y ha vuelto a la tradición. El resultado es una tradición en lugar de verdad presente, el domingo en lugar del sábado, y el Cristo del Concilio de Nicea, de Constantinopla y de Calcedonia, que es el Cristo que tiene la Iglesia Católica y que tiene también el protestantismo apóstata.

El adventismo original surgió volviéndose a la Biblia sola y encontrando la verdad presente del mensaje de los tres ángeles.

Esa verdad presente lo llevó a la ley y al sábado como sello, y a raíz de eso conocieron al Dios verdadero y al Cristo verdadero que fue predicado en 1888. Puede colocarse fecha a cada punto de la secuencia en la historia adventista: el mensaje del primero y segundo ángel predicado por los mileritas de 1840 a 1844 como verdad presente; el mensaje del tercer ángel desde 1846 al 48, que incluyó también el santuario como verdad presente; y el punto cuatro en 1888, con el mensaje de la justicia de Cristo. Pero así como hay un protestantismo apóstata, existe ahora un adventismo apóstata que apostató del mensaje de 1888, apostató de Cristo y su justicia, y, por

tanto, apostató del sábado verdadero. Conserva la teoría de la verdad presente, pero tiene un sábado falso, un Cristo falso y una justicia falsa, porque se ha unido en el punto cuatro con los protestantes apóstatas y con los católicos.

¿Dónde está la unidad — el ecumenismo — entre el catolicismo, el protestantismo apóstata y el adventismo apóstata? No está en el punto tres, pues todos siguen en apariencia defendiendo un día de reposo, aunque distinto. Las evidencias del ecumenismo entre el adventismo apóstata, los católicos y los protestantes apóstatas son incontrovertibles. Ese ecumenismo no está en el día de reposo; está en el punto cuatro: en el concepto de Cristo. El ecumenismo no borra las diferencias; encuentra puntos comunes de doctrina en los que unirse, mientras deja de lado las diferencias. El punto de unión es el falso Cristo; por eso ya no se enfatiza tanto la verdad presente de los tres ángeles ni el sábado y la ley, sino solamente ese Cristo común, que es el Cristo falso.



El Concilio de Nicea: la diferencia decisiva

Para identificar con precisión cuál es ese falso Cristo, se realizó una investigación consultando fuentes históricas directas sobre el Concilio de Nicea del año 325. El detonante de ese concilio no fue la naturaleza humana de Cristo sino su divinidad: la pregunta era si Jesús es Dios verdadero o una criatura. A esa controversia se llamó la controversia arriana. Desde el punto de vista de la inteligencia artificial, tal como está programada, se afirma que el presbítero Arrio enseñaba que el Hijo fue la primera creación de Dios, es decir, que hubo un momento en el que el Hijo no existía y que por tanto no era igual al Padre en esencia. Frente a esto, Alejandro de Alejandría y su diácono Atanasio defendían que Jesús tenía doble naturaleza, humana y divina, y era verdadero Dios y verdadero hombre. El concilio votó que Jesús era consustancial —de la misma sustancia— que el Padre, engendrado y no creado, Dios verdadero de Dios verdadero. El Concilio de Constantinopla amplió lo definido en Nicea y afirmó que el Espíritu Santo también es Dios, coigual con el Padre y el Hijo, formulándose así la Trinidad.

Sin embargo, al solicitar únicamente citas históricas directas —sin interpretaciones modernas ni opiniones teológicas—, lo que Arrio realmente dijo fue esto: «Hubo un tiempo en que no existía el Verbo» y «el Verbo no existía antes de ser engendrado.» Y el misionero arriano Ulfilas, quien evangelizó a las tribus bárbaras que se

convirtieron en los hérulos, los vándalos y los ostrogodos, expresó su credo así: «Creo en que hay un solo Dios Padre y en su Hijo unigénito, nuestro Dios y Señor, creador y hacedor de todas las cosas.»

Nótese que en las palabras textuales de los arrianos no aparece que Jesús sea una criatura creada. Eso es la interpretación que hacen de ellos los católicos, la acusación que les atribuyeron. El mismo patrón se repite cuando quienes rechazan la verdad presente describen lo que los no trinitarios enseñan: afirman que Jesús era un ser creado y que se niega la existencia del Espíritu Santo, cuando eso no es lo que se enseña ni lo que se cree. Los que rechazan la verdad se convierten en mentirosos al referir lo que sus adversarios dicen, convirtiendo sus posiciones en chisme. Lo mismo han hecho los historiadores católicos con los arrianos. Los arrianos nunca dijeron que Jesús era un ser creado.

Esto queda confirmado por el anatema que los obispos añadieron al Credo de Nicea inmediatamente después de su proclamación: «A los que afirman que hubo un tiempo en que el Hijo no fue, y que antes de ser engendrado no fue, y que fue hecho de la nada, o los que dicen que es de otra hipóstasis o de otra sustancia, o que el Hijo de Dios es cambiante o mudable, los anatemia la Iglesia Católica.» Lo que el concilio condenó fue exactamente lo que Arrio dijo: que antes de ser engendrado el Hijo no fue.

La cita completa del obispo arriano Ulfilas es aún más reveladora: «Creo que solo hay un Dios Padre y en su Hijo unigénito, nuestro Dios y Señor. Los arrianos creían que Jesús también era Dios, pero Dios porque era Hijo de Dios, creador y hacedor de todas las cosas como el que no hay nadie. Por lo tanto, hay un Dios de todo que es el Padre, y él es Dios de nuestro Dios que es Jesucristo. Y creo en el Espíritu Santo como un poder iluminador y santificador, no igual al Hijo, sino sujeto y obediente en todo al Hijo. Y creo que el Hijo está sujeto y obediente en todo a Dios Padre.» Esta es la creencia de los arrianos en sus propias palabras, no en el chisme de los católicos, y es prácticamente muy parecida a lo que predicó Waggoner en 1888. En esas palabras no se encuentra error ni diferencia con la posición no trinitaria. Lo que los arrianos dijeron de sí mismos es lo que se conserva; dijeron muchas otras cosas, pero fueron quemadas. Lo que queda es poco de ellos y mucho chisme católico. En conclusión: si hay que ubicarse con alguien, es con los arrianos, con lo que ellos dijeron, no con lo que los católicos dijeron que dijeron.

Ahora bien, tanto arrianos como nicenos decían que Jesús fue engendrado y no creado. El credo niceno dice: «Creemos en Jesucristo, engendrado, mas no creado.» Y los arrianos también decían que Jesús era engendrado y no creado. Entonces, ¿dónde estaba la diferencia? ¿Por qué pelearon si decían aparentemente lo mismo? La respuesta es que los arrianos no creían que el Hijo fuera engendrado en el mismo sentido que los nicenos usaban la palabra. Ambos usaban el término «engendrado», pero el significado era distinto. Ahí está la clave: la diferencia decisiva es eternidad versus inicio temporal.

Arrio lo expresó con palabras textuales: «Si el Padre engendró al Hijo, entonces el engendrado tuvo un comienzo de existencia, y como se sigue de esto, hubo un tiempo en el que el Hijo no fue.» Por eso el Concilio de Nicea agregó el anatema contra quienes dijeran que hubo un tiempo en que el Hijo no fue. La diferencia puede resumirse así: para los arrianos, «engendrado» significa originado por el Padre antes del tiempo, es decir, el Hijo tuvo un comienzo; para los nicenos, «engendrado» significa procedente del

Arrianos	Católicos
Hubo un tiempo que no existía el Verbo	Jesús es Hijo engendrado eternamente, nunca inició ni termina
Hay un Dios Padre y su Hijo que es nuestro Dios y Creador	Hay un Dios que es la unidad de las tres personas coiguales
El Hijo está sujeto y obediente en todo al Padre	Nadie se sujeta a nadie

Padre eternamente pero sin inicio, es decir, el Hijo es engendrado pero nunca comenzó. Esa es la clave.

Y exactamente esa es la posición adventista corporativa hoy: Jesús es Hijo, pero no es Hijo literal. La posición no trinitaria, en cambio, afirma que es Hijo literal. Por tanto, los no trinitarios no están enseñando catolicismo; en todo caso están enseñando lo que los arrianos dijeron de sí mismos, no lo que los católicos les atribuyeron. Y la iglesia adventista oficial está enseñando catolicismo, porque son ellos quienes dicen que Jesús es Hijo de Dios pero no en sentido literal.

Para los católicos y los ortodoxos, el engendramiento del Hijo de Dios no es literal, porque no incluye nada de lo que significa que un hijo nazca de un padre. Ser hijo implica tres cosas: primero, posterioridad en el tiempo —el hijo viene después del padre—; segundo, sujeción en autoridad —el hijo está sujeto al padre—; y tercero, igualdad de naturaleza por herencia —el hijo hereda la naturaleza del padre—.

Si Jesús tiene esas tres cosas de manera literal, es Hijo literal. Si las tiene de manera simbólica, no es literal. Esa es la diferencia entre los católicos y los arrianos, entre los adventistas católicos y los adventistas originales.

Lo que el engendramiento niceno no incluye es todo eso: sin posterioridad de tiempo —el Hijo no vino después del Padre, no hay antes ni después—, sin sujeción de autoridad, y sin división de naturaleza. Un artículo apologético católico consultado resume finalmente que cuando se dice que Jesús es Hijo de Dios se está usando en un sentido metafórico. Ahí está la clave: es exactamente lo que dice hoy la corporación adventista. La doctrina que se enseña en la Iglesia Adventista corporativa es la doctrina católica, porque ambas creen en un Hijo metafórico; los no trinitarios creen en un Hijo literal. En ese punto los no trinitarios están más cerca de los arrianos que de los católicos; la corporación adventista está cerca de los católicos.

Arrianos	Católicos
Cristo es originado por el Padre antes del tiempo	Engendrado es procedencia eterna pero sin inicio.
El Hijo tuvo un comienzo	El Hijo no tuvo un comienzo literal
Cristo es Hijo engendrado literalmente	Cristo es Hijo engendrado metafóricamente
Posición Adventistas Originales (Pioneros)	Posición del adventismo actual apostatado

La propia inteligencia artificial, confrontada honestamente con la pregunta, concluye: si se eliminan la posterioridad temporal, la sujeción en autoridad y la separación de persona, la palabra «engendrado» se convierte en una metáfora muy parcial.

Cuando los católicos —y por tanto también los adventistas de hoy— dicen que Jesús es Hijo pero no nació, no vino después y tiene la misma autoridad, están hablando de Hijo en sentido metafórico. En la comparación honesta: arriano es literal en el engendramiento; niceno es analógico —es decir, metafórico—, sin inicio, sin subordinación.

En el año 380, el emperador Teodosio emitió un edicto que hizo del cristianismo niceano la religión oficial del Imperio Romano. El decreto original dice: «Ordenamos que los que sigan esta regla sean llamados cristianos católicos.» El cristianismo católico —que es el de Nicea, que dice que Jesús es Hijo engendrado, no creado, pero engendrado metafóricamente y no literalmente— se convirtió en la religión oficial del Imperio. Y esa es la doctrina que hoy es doctrina adventista corporativa.

El Concilio de Calcedonia: la falsa humanidad de Cristo

Después de falsificar la divinidad de Cristo en Nicea, cien años más tarde el Concilio de Calcedonia —otro concilio católico— estableció también una falsa humanidad de Cristo. En ese concilio se definió que Cristo nació de María, la Virgen, Madre de Dios, pero sin carne de pecado: tenía carne, pero

no carne de pecado como la nuestra, sino una humanidad semejante a la de Adán antes de pecar, sin inclinación heredada al pecado. El decreto de Calcedonia usa cuatro palabras clave que básicamente establecen que Cristo era humano, pero no como nosotros. Se introduce también el dogma de que María es la Madre de Dios. La posición del protestantismo apóstata —que es hoy también la del adventismo apóstata— es que Jesús asumió una naturaleza humana caída y débil, pero no una naturaleza pecaminosa: Jesús tomó la naturaleza humana antes de la caída, como Adán antes de pecar, sin inclinación heredada al pecado.

La secuencia de apostasía que siguió la Iglesia Católica es exactamente la misma que ha seguido la Iglesia Adventista apóstata, y en el mismo orden. En el Concilio de Nicea se cambió la divinidad de Cristo; en el Concilio de Calcedonia, cien años después, se cambió la humanidad de Cristo. En la Iglesia Adventista apóstata: en 1919, 1928 y 1931 se cambió la divinidad de Cristo; y en 1955 se cambió la humanidad de Cristo. Es exactamente la misma secuencia, el mismo orden de eventos. La apostasía católica se ha cumplido exactamente igual, en el mismo orden, en la apostasía Omega. Esto constituye evidencia histórica incontrovertible.

El Concilio de Trento, convocado en 1545 contra la Reforma protestante, afianzó aún más esa posición. Trento abordó el tema del pecado original e incluyó esta cláusula: «El santo sínodo declara que la Iglesia Católica jamás ha entendido que esta

concupiscencia, llamada alguna vez pecado por el apóstol San Pablo, sea llamada pecado por ser verdadero y propio pecado en los regenerados.» Básicamente está diciendo que la concupiscencia no es pecaminosa. Esta aclaratoria fue hecha directamente contra Lutero, quien, siguiendo a Pablo, afirmaba que la concupiscencia es pecado. Evidentemente, si Jesús tenía carne de pecado, tenía esa concupiscencia, tenía pecado en la carne; y eso es lo que el Concilio de Trento no aceptó. La contrarreforma se afianzó aún más en que Jesús no tenía ningún vestigio de pecado en su carne, proceso que culminó en 1854 con el dogma de la Inmaculada Concepción de María: si María no tenía pecado en la carne, Jesús tampoco podía haberlo heredado de ella.

¿Cómo interpretan entonces los católicos — y el adventismo apóstata— Romanos 8:3, que dice que Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado? La interpretación es que «semejanza» significa «no igual»: Jesús heredó las debilidades de la carne —hambre, sueño—, pero no la pecaminosidad. El protestantismo apóstata,

específicamente el anglicanismo, introdujo el término «debilidades inocentes» para designar esas debilidades que Jesús aceptó, mientras que no aceptó la concupiscencia ni el pecado en la carne. Ese concepto anglicano de las «debilidades inocentes» fue introducido en la Iglesia Adventista después de 1955: los adventistas de ese período canonizaron a ese pastor anglicano y asumieron su doctrina como doctrina oficial de la Iglesia Adventista.

Así es como se establece el falso Cristo. El falso Cristo de Nicea —católico— pasa a ser parte de la doctrina adventista contemporánea. Ahí es cuando viene la unidad: están unidos en el falso Cristo. No se unen en el día de reposo —para unos es el primer día, para otros el séptimo—, sino en el falso Cristo. En el punto cuatro se unen, y ahí es donde están haciendo ecumenismo. La unidad entre el catolicismo y el adventismo actual no está en el día del Señor sino en el Señor mismo: ambos adoran al Jesucristo del Concilio de Nicea. Ya no creen que Dios envió a su Hijo, porque el Hijo del que hablan no es Hijo literal.

Apostasía de los Católicos	Apostasía Omega
(325) Concilio de Nicea cambió la divinidad del Hijo de Dios.	(1919) Conferencia donde Prescott enseña que Jesús no tuvo principio.
(381) Concilio de Constantinopla cambió la divinidad del Espíritu Santo.	(1928) L. E. Froom enseña que el Espíritu Santo es un tercer ser.
(451) Concilio de Calcedonia afirmó que Cristo tenía carne, pero no carne de pecado.	(1955) Conferencia adventista con evangélicos enseñan que Jesús tenía carne, pero no carne de pecado.

El resultado: falsa justicia y marca de la bestia

El resultado de aferrarse a esa doctrina adventista apóstata es una justicia falsa: la justicia del falso Cristo, la justicia del Cristo niceano, la justicia del Cristo católico. Y por tanto no tienen la justificación por la fe, sino la justificación por las obras. La justificación por las obras significa no estar siendo realmente justificado, porque «por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de Dios» (Romanos 3:20). No podemos justificarnos por obrar la ley si no tenemos primero al Cristo verdadero en nuestros corazones. El falso Cristo no da el poder verdadero, ni el espíritu verdadero, ni el amor verdadero, ni el impulso verdadero. El resultado es una falsa justicia, que significa no poder ser justificado, no poder ser obediente, no guardar la ley perfectamente, y al final recibir la marca de la bestia.

La Biblia lo dice claramente. Apocalipsis 14:9 advierte que quien adore a la bestia y a su imagen recibirá su marca en la frente o en la mano. Apocalipsis 13:16 señala que a todos —pequeños y grandes, ricos y pobres, siervos y libres— se les pondrá una marca en la mano derecha o en la frente. El sello de Dios, en cambio, es solo en la frente, y Apocalipsis 14:1 muestra que los sellados tienen en la frente el nombre del Padre y del Hijo. Los que adoran a la bestia y a su imagen reciben una marca en la mano derecha o en la frente, y esa marca puede ser la señal de la bestia, el nombre de la bestia o el número de su nombre —666,

proveniente de «Vicarius Filii Dei»—. Al final, todo se reduce al nombre de la bestia. Mientras los 144,000 tienen el nombre del Padre y del Hijo en la frente, en la frente o en la mano de los apóstatas está el nombre de la bestia, que viene por el falso día.

Sin embargo, debe recordarse que también es posible recibir la marca de la bestia adorando en el día verdadero, si se está adorando al falso Cristo. Los judíos son el ejemplo: guardaban el séptimo día en el desierto, en la tierra prometida y en el tiempo de Cristo, pero rechazaron al Cristo verdadero porque tenían un falso Cristo, un falso Mesías, y no fueron sellados. Recibieron en cambio la abominación asoladora, que equivale a la marca de la bestia, y esa marca los destruyó: el ejército que portaba la abominación asoladora destruyó Jerusalén y el templo. Todo eso es historia y a la vez profecía. Los judíos son la mejor representación de los adventistas apóstatas que se aferran al séptimo día de la semana pero rechazan al Señor del sábado. Jesús mismo dijo: «El Hijo del Hombre es Señor del sábado» (Mateo 12:8). Y sin embargo, los fariseos criticaban la forma en que el Señor del sábado guardaba el sábado. Así hay muchos fariseos dentro y fuera de la Iglesia Adventista que se aferran al sábado pero rechazan al Señor del sábado, porque el señor que tienen es el Jesús de Babilonia, el Jesús del Concilio de Nicea, el Jesús babilónico, el Jesús católico: no simplemente un dibujo, sino una doctrina falsa, una falsa representación del Dios verdadero.

EJERCICIO PARA INVÁLIDOS

EGW en *The Health Reformer*,

1 de Julio de 1868

A continuación presento la traducción íntegra y fiel del capítulo titulado "**Exercise for Invalids**" (Ejercicio para inválidos), publicado originalmente el 1 de julio de 1868 en la revista *The Health Reformer*:

Ejercicio para inválidos

Los inválidos deberían realizar ejercicio al aire libre. Aquella clase de inválidos que se han vuelto tales por hábitos sedentarios o por un trabajo mental constante, deberían tener un cambio. **Es un mal consejo el que dice a estas personas que se abstengan del ejercicio físico.** Los que tienen el cerebro cansado deberían, en gran medida, dejar descansar las facultades mentales, mientras que ellos, y también aquellos cuyos hábitos de vida han sido sedentarios, deberían estimular las energías físicas. Una parte de la prescripción para cada uno de esos pacientes debería ser **el trabajo físico ligero, un empleo agradable al aire libre.**

El simple hecho de participar en juegos sencillos para divertirse no



puede satisfacer al concienzudo, sino que dejará en la mente del inválido la impresión de que su vida es inútil. Y si su vida ha sido activa, y ha tenido placer en hacer el bien, la influencia de tales diversiones sobre él será mala. Permítase a esta clase de sufrientes tener un empleo agradable al aire libre, adecuado a sus diversas condiciones, tanto en lo que respecta a la naturaleza del trabajo como al tiempo que deben dedicar a él. Que aquellos que sean capaces tomen una azada ligera y bien pulida, y durante un número adecuado de horas, o minutos, inicien una guerra

de exterminio contra las malezas inoportunas entre los vegetales y las frutas pequeñas. Que otros, más débiles, usen la paleta de jardín, el rastrillo o la azada, unos pocos momentos cada día entre las plantas y las flores, y que sientan que con cada maleza que arrancan están haciendo algún bien. ¿Qué importa si el sol tuesta el rostro y las manos?. **El sol y el aire les harán más bien del que pueden hacer los baños de agua sin estas bendiciones.**

Algunos que han colapsado debido a demasiado trabajo cerebral y falta de ejercicio físico, se sienten poco inclinados a disfrutar del ejercicio al aire libre. Si cesan el trabajo intelectual, no desean hacer nada. Y es difícil que estos recuperen la salud, por la razón de que es casi imposible controlar sus mentes. Sus mentes activas, cuando no están ocupadas de otro modo, estarán morando en sí mismos. **La imaginación está enferma, y a menudo se consideran en una condición deplorable cuando no es así.** Dadles un empleo adecuado y hacedles sentir que sus vidas no son inútiles, sino que están haciendo algo bueno, aunque sea poco, y se sentirán mucho menos inclinados a centrarse en sí mismos. Un trabajo agradable al aire libre es el gran remedio para tales personas. Que se divida su tiempo. Que pasen una parte de cada día en ocupaciones

agradables bajo techo, una parte al aire y al sol, trabajando entre vegetales, frutas, flores y plantas, y una parte en descanso. **Este sistema de hacer es una gran bendición tanto para el cuerpo como para la mente.** Mientras se hace algo, la mente se distrae de sí misma y tiene algo que hacer además de perseguir síntomas, dolores y malestares. Y el ejercicio físico pondrá en uso músculos y nervios que han estado inactivos y que se han debilitado por falta de uso. A medida que estos inválidos ejercitan y

fortalecen sus músculos débiles y flácidos, el cerebro se vuelve menos propenso a una actividad desgastante. El trabajo ahora se divide mejor entre los órganos del sistema.



He notado que aquellos que han colapsado debido a demasiado trabajo cerebral, a medida que comienzan a mejorar, sienten un deseo especial de dedicarse al trabajo mental. Parecen ansiosos por ocuparse de nuevo en el trabajo intelectual. Si se pudiera hacer que estos vieran que este es el tipo de empleo equivocado; que el trabajo saludable al aire libre y en los deberes domésticos es lo que necesitan para dar firmeza a los músculos y un tono saludable a la mente, ya no estarían ansiosos por ese tipo de labor que fatiga el cerebro y no da fuerza a los músculos o nervios del cuerpo.

La indolencia es un gran mal.

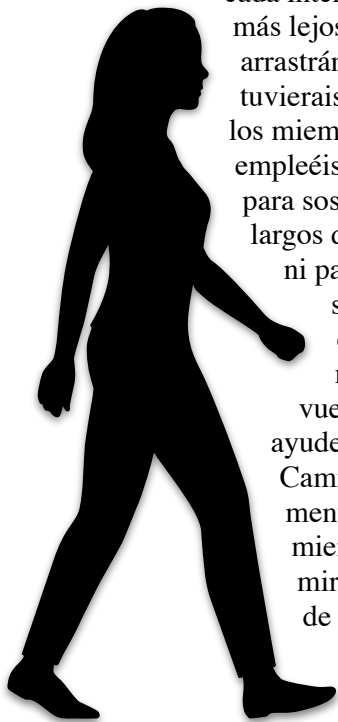
Hombres, mujeres y jóvenes, al morar en sí mismos, piensan que están en una condición mucho peor de lo que realmente están. Cultivan sus dolencias, piensan en ellas y hablan de ellas hasta que su utilidad parece llegar a su fin. Muchos han pasado al sepulcro cuando podrían haber vivido, y deberían haber vivido. Su imaginación estaba enferma. Si hubieran resistido la disposición a ceder a las enfermedades y a ser vencidos por ellas; si hubieran convocado en su ayuda los poderes de la voluntad, podrían haber vivido para bendecir al mundo con su influencia.

Las mujeres descuidan el ejercicio de sus miembros en la caminata.

El pasear en carruaje no puede reemplazar el caminar. Muchas que están muy débiles pueden caminar si tan solo piensan que pueden hacerlo. No tienen la disposición, y las oíréis suplicar: “¡Oh! No puedo caminar. Me falta el aliento, tengo un dolor en el costado, un dolor en la espalda”. Queridas hermanas, desearía que no tuvieran estas enfermedades. Pero sé que ceder ante ellas y entregarse a una vida inactiva no las librára de ellas. Tratad de ejercitaros moderadamente al principio. Tened reglas que os gobiernen. **¡Caminad! ¡Sí, caminad! ¡Si podéis, caminad!** Intentadlo por una distancia corta al principio, vosotras que pensáis que caminar es imposible. Sin duda os

cansaréis. Puede que os duela el costado o que la espalda os cause dolor, pero esto no debería asustaros. Vuestros miembros pueden sentirse débiles. Y no es de extrañar cuando no los habéis usado mucho más que si no tuvierais extremidades. Pensáis que debéis tomar asiento en el carruaje para que un caballo os lleve, aunque sea por unos pocos pasos. Si tan solo caminarais y poseyerais perseverancia en el asunto, podríais lograr mucho en la dirección de la recuperación.

Vuestro sueño sería más dulce. En cada intento, id un poco más lejos. No vayáis arrastrándoos como si tuvierais pesas atadas a los miembros. No empleéis vuestras manos para sostener vestidos largos que se arrastran, ni para sostener una sombrilla. Dejad que el movimiento de vuestros brazos os ayude al caminar. Caminad con una mente alegre. Y mientras camináis, mirad las bellezas de la naturaleza, escuchad a los dulces cantores cuya melodía brota en alabanzas a su Creador. Sed inspiradas por su feliz gratitud. Mirad todo lo que



podáis que sea hermoso, bueno y alegre, y dejad que anime vuestros pasos y viva en vuestros pensamientos durante todo el día. Continúad con este ejercicio y no permitáis que nadie las disuada de él. **Usad los miembros que Dios os ha dado y mirad a Él para obtener fuerza para usarlos.** Podéis orar por fuerza día tras día y, sin embargo, no notar ningún cambio hasta que ejercitéis la fuerza que ya tenéis. Dadle al Señor la oportunidad de hacer algo por vosotras, comenzando el trabajo por vosotras mismas. Cada día notaréis un cambio para mejor, a pesar de que sintáis una sensación de cansancio. El sueño os pondrá bien de nuevo, y podréis aumentar vuestro esfuerzo hasta que vosotras, que ahora no podéis caminar unos pocos pasos desde vuestro lugar de alojamiento, o desde casa a la iglesia, podáis caminar una milla, y quizás dos, sin sufrir daño.

Al haber trabajado para impresionar a las mujeres sobre la necesidad de caminar, algunas han recibido mis ideas y han decidido llevarlas a cabo de inmediato. Y en el primer esfuerzo caminaron, tal vez, media milla, quedaron exhaustas y realmente sufrieron tanto que decidieron que caminar no era lo mejor para ellas. Estas fueron a un extremo. No pudieron soportar tanto caminar al principio sin sufrir daño. Algunas siempre están dispuestas a ir a los extremos. Nunca pueden llegar al

punto justo y luego contentarse con detenerse. Van más allá. **No logran hacer el mejor uso de la razón que el Cielo les ha concedido.**

Termino diciendo al inválido afligido, que se ha vuelto tal por causa de demasiado trabajo mental y muy poco trabajo físico: a menos que su caso sea tal que lo prohíba positivamente, usted necesita **ejercicio físico, al aire libre, alegre, útil, feliz y bien dirigido.** No permita que nadie le prive de ello, porque su vida está en ello. En este asunto, **"vaya despacio que tengo prisa"** (*make haste slowly*).

Tras escribir lo anterior, me dirigí a una hoja de *Moore's Rural New-Yorker*, que estaba sobre la alfombra cerca de mí, y leí lo siguiente:

“Vivir rectamente”. **“Amar y laborar es la suma de vivir,** y sin embargo, cuántos piensan que viven sin laborar ni amar". "Así que no te sientes quieto, te rogamos, porque esto no es vivir. Pero 'todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas', con un corazón y propósito verdaderos y honestos; y no importa cuán pesada sea la oscuridad de la noche por la cual estés caminando, la mañana se levantará, las flores florecerán y los pájaros cantarán a tu alrededor".

LA OFRENDA GENERAL Y LA DE ESCUELA SABÁTICA



Introducción

El tema de las ofrendas es uno de los más descuidados en el estudio bíblico. Generalmente nos preocupamos más por dar correctamente el diezmo, mientras que las ofrendas quedan en segundo plano. Sin embargo, las ofrendas han existido desde que la humanidad es humanidad, en todas las culturas y antes de cualquier religión organizada. Ya desde Caín y Abel se mencionan ofrendas: es significativo que el primer asesinato en la historia humana esté ligado precisamente a cómo Dios aceptó las ofrendas de cada uno. Cada hermano ofreció de su trabajo —Abel, pastor, llevó ovejas; Caín, agricultor, llevó frutos—, pero Dios aceptó la de Abel y no la de Caín. En el fondo, Caín tuvo celos de su hermano porque él no pudo agradar a Dios y Abel sí. Si nos interesa agradar a Dios, conviene estudiar cómo hacer las ofrendas correctamente.

Las ofrendas nos las pide el Señor

Las ofrendas son una petición de Dios. Para la construcción del tabernáculo en el desierto, fue Dios quien pidió al

pueblo que trajera ofrendas, y el pueblo respondió con tanta generosidad que hubo que decirles que ya era suficiente. Sin embargo, la historia de Caín y Abel muestra que no se puede ofrendar cualquier cosa; y la historia de Ananías y Safira —Hechos 5:1-11— muestra que tampoco se puede hacerlo de cualquier manera. Ellos se habían comprometido a entregar el monto íntegro de la venta de una propiedad, pero retuvieron una parte, defraudando a Dios. Hay, por tanto, condiciones que deben observarse al momento de dar una ofrenda.

La motivación al ofrendar

La motivación es determinante. Jesús observó cómo la gente ofrendaba frente al arca y vio que una viuda depositó dos blancas —monedas de escaso valor—. Según Marcos 12:41-44, ella dio más que muchos otros, porque mientras los demás daban de lo que les sobraba, ella dio todo lo que tenía. Esto no significa que Dios exija que nos quedemos sin nada, ni que las ofrendas dadas después de cubrir las necesidades propias no le agraden. Significa que Dios mira el corazón y valora la condición en que se

da: si dar una ofrenda supone un sacrificio personal, Dios aprecia esa ofrenda más que la que sale de lo que sobra.

¿Son las ofrendas tan importantes como los diezmos?

Malaquías 3:8-10 acusa al pueblo de Israel de haber robado a Dios en los diezmos y en las ofrendas. El texto los menciona en igualdad de condiciones, lo que lleva a concluir que las ofrendas son igual de importantes que los diezmos, aunque tienen una función distinta. Los diezmos sostienen el ministerio, para que los ministros puedan predicar el evangelio sin depender de trabajos seculares. Las ofrendas, en cambio, cubren gastos de mantenimiento de la iglesia —agua, luz, limpieza, materiales—, ayudas especiales a hermanos en necesidad y todo aquello que el diezmo no cubre. Cada uno debería examinarse a la luz de este versículo y preguntarse si se preocupa por las ofrendas tanto como por los diezmos.

¿Por qué ofrendar? Tres razones fundamentales

La primera razón es que las ofrendas nos ayudan a formar un carácter abnegado. Dios no necesita nuestras ofrendas —es dueño de todo—, pero nosotros necesitamos el acto de ofrendar para cultivar un espíritu de sacrificio y eliminar el egoísmo y la autocomplacencia. Testimonios para la

Iglesia, tomo 5, p. 382, advierte que los hombres no tienen inclinación natural a la benevolencia, sino a ser sórdidos y avaros, y que Satanás está siempre dispuesto a influirles para que huyan de este deber y despojen a Dios de diezmos y ofrendas. La prosperidad espiritual de cada miembro depende de un esfuerzo personal y de la estricta fidelidad a Dios.

La segunda razón es que colaborar con la obra de Dios es un honor. Testimonios Selectos, tomo 3, p. 333, señala que Dios, en sus planes sabios, hizo depender el progreso de su causa de los esfuerzos personales de su pueblo y de sus ofrendas voluntarias, y que al aceptar esa cooperación le confirió al ser humano una señalada honra. Si no vemos el ofrendar como un honor, lo veremos como una carga; si no lo vemos como una bendición que transforma nuestro carácter, no lo estaremos haciendo por las motivaciones correctas.

La tercera razón es la gratitud. Las ofrendas son una expresión de agradecimiento a Dios. Testimonios para la Iglesia, tomo 5, p. 150, responde al que dice estar cansado de dar: «Permíteme preguntarte: ¿estás cansado de recibir de la mano benéfica de Dios? Hasta que el Señor no cese de bendecirte, no cesarás de estar bajo la obligación de retribuirle la parte que él reclama.» Nuestra obligación de dar ofrendas va en proporción directa a las bendiciones recibidas: un año más de

vida, un ingreso extraordinario, cualquier don de Dios es motivo para una ofrenda de agradecimiento.

¿Cómo ofrendar?

La Escritura establece que debe hacerse de modo regular y sistemático. El apóstol Pablo, en 1 Corintios 16, recomienda que cada familia aparte en casa, cada primer día de la semana, lo que ha de dar al Señor, revisando en qué Dios le ha bendecido. Hoy, quienes cobran mensual o quincenalmente pueden adaptar la frecuencia a su ciclo de ingresos; y quien recibe algo extraordinario fuera de ese ciclo debería sacar sus cuentas en ese momento. Lo esencial es que la cantidad apartada sea sagrada y no se toque.

Además de la regularidad, debe haber espíritu de sacrificio. El ejemplo de la viuda sigue siendo válido: la excusa de «no puedo ofrendar porque estoy muy justo» no resiste la comparación con aquella mujer que dio todo lo que le quedaba sin tener quien la mantuviera. Malaquías deja claro que hay que ofrendar; la excusa de la imposibilidad no puede sostenerse ante ese mandato.

La ofrenda debe darse con alegría y presteza. Si se da con dolor y reluctancia, es mejor no darla, porque ante el Señor no sería agradable. La *Review and Herald* del 16 de mayo de 1893 señala que el espíritu de liberalidad cristiana se fortalece al ser ejercitado y que quienes poseen el

espíritu de Cristo llevan sus dones a la tesorería del Señor con gozosa presteza, inspirados por el amor a Cristo y a las almas por quienes él murió.

Finalmente, deben existir objetivos claros. Los niños y los jóvenes, en particular, necesitan ver en qué se va a usar su ofrenda para mantener el interés. Consejos sobre la obra de la Escuela Sabática, pp. 98-100, indica que si se les animara, los niños ganarían medios para fines benévolos y su interés aumentaría al ver que su aporte contribuye a avanzar en alguna misión concreta. El ministerio de mayordomía o la Escuela Sabática deben presentar los objetivos con claridad para que adultos, jóvenes y niños sepan a qué se destina lo que dan.



¿Cuándo ofrendar?

El momento de apartar la ofrenda es el primer día de la semana. En cuanto a cuándo llevarla a la iglesia, la profeta del Señor descarta los argumentos que desaconsejan hacerlo el sábado. La *Review and Herald* del 4 de febrero de

1902 pregunta: «¿Qué tiempo más apropiado podría elegirse? En el día de reposo pensamos en la bondad de Dios, nuestros corazones están llenos de agradecimiento, y antes de que vuelva a comenzar el tránsito de la semana, le devolvemos lo que es suyo.» Esta práctica constituye un sermón semanal que declara que Dios es dueño de todos nuestros bienes y que nos ha hecho mayordomos suyos.

Otro momento para ofrendar son los cumpleaños y los días festivos. La costumbre de esperar recibir regalos en el cumpleaños invierte el sentido de esa fecha: si seguimos vivos es por la misericordia de Dios, y ese día debería ser una ocasión para expresar gratitud mediante una ofrenda. La *Review and Herald* del 13 de noviembre de 1894 lamenta que los padres no hayan enseñado a sus hijos a ver estas ocasiones como momentos de gratitud, sino como ocasiones de complacencia propia. Cualquier circunstancia en que se haya recibido un don de Dios —el nacimiento de un hijo, una bendición especial— es también una ocasión apropiada para ofrendar.

¿Dónde ofrendar?

Malaquías 3:10 indica claramente que la ofrenda debe llevarse a la tesorería —el alfolí— de la iglesia. En tiempos de los hebreos se llevaban al santuario frutos y animales cuando no había moneda; el principio es el mismo hoy: debe llevarse a una tesorería donde se administre y se

destine a los planes establecidos. No es correcto dar la ofrenda directamente a una persona por más que se perciba que está en necesidad: el mandato divino establece que debe canalizarse a través de la iglesia. Las pequeñas ofrendas de los niños, aunque sean monedas de poco valor, son como riachuelos que alimentan un gran río. Los recursos de las ofrendas deben destinarse prioritariamente a la labor misionera; si la iglesia carece de un plan misionero establecido, es una deficiencia que debe corregirse.

¿Cuánto ofrendar?

La Biblia no establece un porcentaje para las ofrendas —sí para el diezmo, que es el 10%—; la cantidad queda a voluntad de cada persona. Debe ser proporcional a lo que el Señor ha dado: quien recibe más está llamado a dar más. El concepto del llamado evangelio de la prosperidad —que afirma que dar más garantiza recibir más— no tiene respaldo en la Escritura. 2 Corintios 8:12 lo aclara: «Si la voluntad está pronta, será aceptada por lo que tiene, no por lo que no tiene.» No se puede dar de ofrenda lo que no se tiene, ni endeudarse esperando una retribución multiplicada; la ofrenda no es una inversión. Tampoco se debe presentar ante Dios con las manos vacías cuando él ha bendecido. El verdadero problema es que muchos ni siquiera dan de lo que tienen.

Conclusión

1 Crónicas 29:14 resume el espíritu correcto de la ofrenda: «¿Quién soy yo y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer de nuestra voluntad cosas semejantes, siendo todo tuyo? Lo que hemos recibido de tu mano, eso te damos.» La ofrenda no beneficia a Dios, que nada necesita; nos beneficia a nosotros, transformando nuestro carácter y permitiéndonos colaborar en la predicación del evangelio. Si no hemos ofrendado, debemos preguntarnos por qué: si carecemos de motivación de gratitud, conviene hacer una lista de las bendiciones recibidas; si

carecemos de objetivos para la ofrenda, conviene crearlos. El Señor no pide un porcentaje fijo, no pide lo que no tenemos, no pide que nos quedemos sin nada; pero pide algo voluntario. Malaquías advierte que no ofrendar equivale a robar a Dios, y esa advertencia alcanza también a la Escuela Sabática, donde la recolección de ofrendas debe implementarse de manera sistemática y con objetivos misioneros claros.

**“De lo recibido
de Tu mano
te damos”**

1 Crónicas 29:1-30



La Fórmula Bautismal de los discípulos

Jn 3:22-25: "Pasado esto, vino **Jesús** con sus discípulos a la tierra de Judea; y estaba allí con ellos, y **bautizaba**. Y **bautizaba también Juan** en Enón junto a Salim, porque había allí muchas aguas; y venían, y eran bautizados. Porque Juan, no había sido aún puesto en la cárcel. Y hubo cuestión entre los discípulos de Juan y los Judíos acerca de la purificación..."

Jn 4:1-3: "DE manera que como Jesús entendió que los Fariseos habían oído que Jesús hacía y bautizaba más discípulos que Juan, (Aunque **Jesús no bautizaba, sino sus discípulos**), Dejó a Judea, y fuése otra vez a Galilea."

Muchos venían para ser bautizados, y aunque Cristo mismo no bautizaba, sancionaba **la administración del rito por sus discípulos**. Así puso su sello sobre la misión de su precursor. Pero **los discípulos de Juan miraban con celos** la popularidad creciente de Jesús. Estaban dispuestos a criticar su obra, y no transcurrió mucho tiempo antes que hallaran ocasión de hacerlo. Se levantó una cuestión entre ellos y los judíos acerca de si el bautismo limpiaba el alma de pecado. Ellos sostenían que el bautismo de Jesús difería esencialmente del de Juan. Pronto estuvieron disputando con los discípulos de

Cristo acerca de las palabras que era propio emplear al bautizar, y finalmente en cuanto al derecho que tenía Jesús para bautizar. DTG 150.2

«Cuando, pues, el Señor entendió que los fariseos habían oído que Jesús hacía y bautizaba más discípulos que Juan (aunque Jesús mismo no bautizaba, sino sus discípulos), dejó Judea y volvió a Galilea.» Los prejuicios de los judíos se exacerbaban porque **los discípulos de Jesús no empleaban las mismas palabras que Juan en el rito del bautismo**. Juan bautizaba para arrepentimiento, pero **los discípulos de Jesús, mediante la profesión de fe, bautizaban en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo**. Las enseñanzas de Juan estaban en perfecta armonía con las de Jesús; sin embargo, sus discípulos se llenaron de celos, temerosos de que su influencia estuviera menguando. Surgió entre ellos y los discípulos de Jesús una disputa acerca de las palabras que debían emplearse en el bautismo y, en última instancia, acerca del derecho de estos últimos a bautizar en absoluto (2 SP 136).

ANTE EL CONCILIO

John Garcia



Pedro y Juan ante el Concilio *Estudio bíblico sobre Hechos 4*

El sermón de Pedro y su conclusión

La lección está basada en Hechos de los Apóstoles, capítulo 4, y constituye la continuación directa de la sanidad del cojo narrada en el capítulo anterior.

Pedro y Juan fueron llevados ante el sanedrín precisamente por haber realizado ese milagro, lo que guarda una vigencia muy real: también hoy, cuando se administra sanidad fuera de los canales oficiales, se desencadenan mecanismos de juicio y control similares.

El texto de oro que enmarca toda la lección es Hechos 4:12: «Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.» Pedro concluyó su sermón señalando que la simiente de Abraham que trae bendición a todas las familias de la tierra es Jesucristo (Hechos 3:25-26).

La intervención de los sacerdotes y los saduceos

Mientras Pedro hablaba, sobrevinieron los sacerdotes, el magistrado del templo y los saduceos. La indignación de estos últimos tenía una motivación doctrinal

precisa: estaban resentidos de que los apóstoles enseñasen al pueblo y anunciaran en Jesús la resurrección de los muertos, doctrina que los saduceos negaban. Elena de White anota que se excitaron enormemente al ver su más arraigada doctrina en peligro y su reputación comprometida. Lo que les movía no era la preocupación por el hombre sanado, sino la defensa de su influencia. Fariseos y saduceos convinieron en que si no ponían restricciones a estos nuevos instructores, su autoridad peligraría aún más que cuando Jesús estaba en la tierra; y metieron a Pedro y a Juan en la cárcel hasta el día siguiente. A pesar de ello, el efecto del discurso fue notable: creyeron unos cinco mil varones.

El interrogatorio y la defensa de Pedro

Al día siguiente el pleno de la clase dirigente judía —gobernantes, ancianos, escribas, Anás, Caifás y todos los del linaje sacerdotal— hizo presentar a los apóstoles y les preguntó: «¿Con qué potestad o en qué nombre habéis hecho vosotros esto?» Querían que reconocieran haber actuado por algún poder distinto de Cristo, borrando así su nombre de la discusión pública.

Pedro respondió lleno del Espíritu Santo. No comparecía solo: Jesús había prometido que él y el Padre harían morada en quienes le aman, de modo que Pedro llevaba consigo la presencia de la más alta majestad del universo. Ya no era el Pedro orgulloso y arrogante de antes; el Espíritu iluminó su mente y fortaleció su corazón. Su discurso ante el sanedrín no difería en tono ni contenido del que había pronunciado en Pentecostés, lo que revela que no estaba pensando en sí mismo sino únicamente en predicar el evangelio. Jesús les había advertido que no prepararan un discurso: «No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre» (Mateo 10:20). La promesa se aplica a quienes son tomados por sorpresa, no exime del estudio cotidiano. Hechos de los Apóstoles, p. 413, lo precisa: «Su preparación debe hacerse día tras día atesorando las preciosas verdades de la Palabra de Dios.» El Espíritu puede recordar lo que se ha estudiado, pero no lo que nunca se aprendió.

Ante el concilio, Pedro declaró exactamente lo que sus jueces no querían oír: que el hombre había sido sanado en el nombre de Jesucristo de Nazaret, «al que vosotros crucificasteis y Dios resucitó de los muertos». Así nombró a quien ellos pretendían silenciar, les recordó su responsabilidad y demolió de paso la doctrina sadúceca. Pedro no se atribuyó poder alguno; la gloria correspondía únicamente a Cristo.

El nombre que salva: sentido espiritual de la expresión

El versículo 12 declara que en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos. Resulta pertinente señalar que en el lenguaje bíblico los términos «salvación» y «sanidad» son sinónimos y no se excluyen mutuamente; de hecho, pueden intercambiarse en este mismo versículo.

Aparentemente podría surgir una contradicción con Joel 2:32, que dice: «Todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo.» Si Pedro habla del nombre de Jesús y Joel del nombre de Jehová, ¿se contradicen? La respuesta está en comprender el modo en que la Biblia usa la palabra «nombre». En el sentido espiritual bíblico, el nombre no designa una fórmula o un sonido literal, sino el carácter, la persona y la autoridad de quien lo lleva. El ejemplo paradigmático es Jacob: era el mismo individuo antes y después de recibir el nombre Israel; lo que cambió fue su carácter.

Bajo esta comprensión desaparece toda contradicción. Jehová, Jesús y Emmanuel no son nombres rivales sino expresiones complementarias del mismo carácter salvífico. «Jehová» significa «Yo soy el que soy»; «Jesús» significa, según Mateo 1:21, que él salvará a su pueblo de sus pecados —es decir, «Jehová salva»—; «Emmanuel» significa «Dios con nosotros». Todos apuntan a la misma persona y al mismo

carácter redentor. Por tanto, la salvación está en el Hijo de Dios, ya sea que se le llame Jehová, Emmanuel, Jesús o Cristo; el énfasis no recae en la exactitud fonética del nombre, sino en la fe en esa persona.

Elena de White lo explica en Camino a Cristo, página 101: orar en el nombre de Jesús es más que mencionar su nombre al principio o al fin de una oración; es orar en la mente y en el espíritu de Jesús, creyendo en sus promesas, confiando en su gracia y haciendo sus obras. La historia de los siete hijos de Esceva —exorcistas ambulantes que intentaban echar fuera demonios invocando «el nombre de Jesús, el que predica Pablo»— ilustra que ni siquiera el empleo de la lengua correcta garantiza poder alguno: los demonios se burlaron de ellos y los vencieron, porque el poder no reside en las palabras mismas sino en la fe de quien las pronuncia.

Este punto tiene consecuencias prácticas actuales. Hay debates sobre si la fórmula bautismal debe ser «en el nombre de Jesús» o «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Conviene recordar que Mateo 28:19 no usa el término «Trinidad»; menciona al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, realidades que la Escritura atestigua en múltiples lugares y que no equivalen a afirmar que los tres son un mismo Dios.

Salvación del pecado y la debilidad humana

Según Mateo 1:21, Jesús salvará a su pueblo de sus pecados; y la única definición bíblica de pecado es la que ofrece 1 Juan 3:4: el pecado es transgresión de la ley. Por tanto, la salvación que Cristo ofrece es la salvación de continuar transgrediendo la ley. Palabras de vida del gran Maestro precisa que la justicia de Cristo no cubre pecados no confesados: quien no confiesa un pecado no recibe perdón de él.

La comparación entre la condición humana y el hombre cojo de Hechos 3 resulta iluminadora. El cojo no podía sanarse a sí mismo ni caminar; así había nacido y nada en él podía remediar su situación. Del mismo modo, todos los seres humanos somos pecadores de nacimiento: Romanos 5:6 dice que Cristo murió por nosotros cuando aún éramos débiles e impíos; Romanos 7:8 señala que la concupiscencia obra en nosotros por el mandamiento; y Gálatas 5:17 advierte que la carne codicia contra el espíritu de tal forma que, aunque uno quiera hacer el bien, no puede lograrlo por sus propias fuerzas. Así como el cojo necesitó el poder de Cristo para andar, nosotros necesitamos ese mismo poder para andar en vida nueva y guardar los mandamientos.

La fe en su nombre y la justicia de Cristo

Hechos 3:16 confirma que la sanidad del cojo se produjo por la fe en el nombre de Cristo. Cuando la Escritura habla de su nombre, se refiere a su persona, su carácter, su poder y su autoridad —todo lo que él es—; no a la invocación literal de una serie de sonidos. La fe en su nombre es, en consecuencia, la fe en su persona. Y es esa fe verdadera la que se apropia de la justicia de Cristo. Como dice Efesios 2:10, somos hechura suya, criados en Cristo Jesús para buenas obras que Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas. Solo por la gracia de Cristo, solo bajo su autoridad, podemos obrar justicia.

El asombro del concilio y la respuesta final de los apóstoles

El concilio se maravilló de la constancia de Pedro y Juan al comprobar que eran hombres sin letras y del vulgo —sin formación académica formal—, y reconoció que habían estado con Jesús. Hablaban con una sabiduría que los eruditos no podían refutar, pues habían cursado su formación con el maestro de maestros. Y tenían consigo al hombre sanado: una prueba incontrovertible que no podían negar.

Deliberando a puerta cerrada, admitieron que la señal era notoria en todo Jerusalén, pero resolvieron amenazar a los apóstoles para que no hablaran más en ese nombre. Esta actitud revela una constante histórica:

quienes detentan el control político o religioso temen la libre divulgación de la verdad y, cuando no pueden contradecir los hechos, recurren a la amenaza.

Pedro y Juan respondieron con firmeza: «Juzgad si es justo delante de Dios obedecer antes a vosotros que a Dios, porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.» La diferencia con el Pedro que negó al Señor con maldiciones es abismal; el arrepentimiento, la fe y el Espíritu Santo explican ese cambio. El concilio, sin hallar modo de castigarlos por temor al pueblo, se conformó con amenazarlos. Preferían que el cojo hubiera permanecido enfermo antes que perder su influencia: lógica que se repite en todo poder humano.

El episodio cierra con una pregunta para la reflexión: si Pedro y Juan fueron sacados del concilio mientras este deliberaba, ¿cómo llegó a saberse lo que allí se dijo? El texto sugiere la obra del Espíritu Santo. Todo lo registrado en la Escritura fue escrito para nosotros, porque pasaremos por experiencias similares; y la promesa de Lucas 21:15 es también para hoy: Dios dará boca y sabiduría a sus siervos que han estudiado su Palabra, a quienes ningún adversario podrá resistir ni contradecir.

4 9 0 1 8 1 0
LOS DOS MIL TRESCIENTOS DIAS
457 A.C.

7 62 1
LAS SETENTA SEMANAS

3 1/2 3 1/2
LA SEMANA

REY VALIENTE **REY ENSOBERBECIDO**
DAÑO DE MUERTE DAÑO DE MUERTE

CUATRO VIENTOS

NAVES QUITIM
923 DC

QUITAN EL CONTINUO
Dan 11:31

ABOMINACIÓN ASOLADORA
536 DC

REY ENSOBERBECIDO
1782 DC

TIEMPO DEL FIN
Dan 11:40

1843
ULTIMA CAMPAÑA DEL REY DEL NORTE
504

1844
MIGUEL SE LEVANTA
Dan 12.1

TIEMPO DE ANGUSTIA
Dan 12.1

RESURRECCIÓN ESPECIAL
Dan 12.2

UNA **Ilustración pictórica**
DE LAS **VISIONES**
DE **DANIEL Y JUAN.**

Parte 2
Ampliado por:

JESÚS EN ALTAR ORO

CUATRO TROMPETAS

LOS 3 AYES

DRAGÓN ROJO

BESTIA DE MAR

BESTIA DE TIERRA

CIELO ABIERTO

SEPTIMO SELLO

Ap. 11.18

Ap. 10.7

Euf.

Ap. 11.18

UNA **Ilustración pictórica**
DE LAS **VISIONES**
DE **DANIEL Y JUAN.**

Parte 2
Ampliado por:

¡CARTELES PROFÉTICOS!

Las Líneas Proféticas de DANIEL Y APOCALIPSIS

Ahora en Español

Solicítalo GRATUITAMENTE al +34.650.86.38.11

